

ELSA CECILIA FROST

Para la transmisión del saber tenemos, desde hace dos o tres milenios, los libros. Pero los libros son como los códices. Si nadie los sabe leer, interpretar, ni acompañarlos con el discurso adecuado, pierden su sentido. La cultura no se puede reproducir en un vacío. Necesita el elemento humano, la persona que la rescata, que la interioriza, para luego explicarla y hacerla viva para la siguiente generación. Sólo unos cuantos individuos tienen esa habilidad, la de penetrarse en la herencia cultural de un pueblo a tal grado que llegue a conocer sus orígenes, sus influencias, su evolución, sus manifestaciones literarias, arquitectónicas, musicales, religiosas, académicas. Nadie, al morir, puede ser reemplazado por otro, pero cuando una sola persona reúne en sí un vasto conocimiento, añadido a una gran certidumbre moral y un sentido claro de dirección intelectual, la pérdida resulta todavía más significativa. Parece evidente que se necesitarían varias personas juntas para llegar a aproximar la gama de conocimiento almacenado en el cerebro y en el corazón (por supuesto que el corazón tam-

bién conoce muchas cosas) de la mujer excepcional que fue Elsa Cecilia Frost.

Ser hija de un matrimonio mixto, de madre mexicana y padre alemán, además de casarse con un catalán, fue un buen punto de arranque para hablar alemán, francés, inglés, italiano, latín, catalán y ser tan experta en español que ingresó a la Academia Mexicana de la Lengua. Elsa se acercó al lenguaje escrito al empezar su vida profesional en la Biblioteca Nacional, donde clasificaba las obras de teología, filosofía e historia. Aprendió a cuidar el idioma en el Fondo de Cultura Económica como responsable de las ediciones relacionadas con los mismos temas. Vio los aspectos técnicos de la producción de libros en el Fondo a principios de los 1960; nunca estuvo lejos de los departamentos editoriales en las instituciones con las cuales colaboró hasta el fin de sus días. Además, sus seres más queridos estaban y están en el mismo mundo de los libros, desde la autoría hasta la publicación y distribución de los mismos.

A partir de enero de 1975 El Colegio de México tuvo el privilegio de contar con Elsa Cecilia entre sus mejores investigadores y escritores. Participó activamente en la comunidad académica como coordinadora del Centro de Estudios Históricos, como profesora, como conferenciante, como colega. Siempre tuvo tiempo para corregir el escrito de un novel historiador o platicar de libros y de personas—su círculo de conocidos, tanto textos impresos como seres de carne y hueso, era muy amplio. Fue generosa con sus comentarios, con su amistad, con sus buenos deseos hacia el prójimo. Tuvo ideas muy claras acerca del bien y del mal, de lo bello y de lo feo, de lo debido y de lo indebido. Perteneció

a una generación cuya brújula moral le permitió andar con mucha seguridad por la vida.

La década de los 1980 encontró a Elsa Cecilia en la UNAM, en otro ambiente, con otros quehaceres. Pero nunca dejó ni la investigación ni la docencia. Su primer libro, *Las categorías de la cultura mexicana*, ya se había convertido en un libro de texto clásico para la Facultad de Filosofía y Letras y para cualquier estudioso del tema. Siguió una antología de textos educativos, un tratado sobre el arte de la traducción, la compilación de *Franciscanos y mundo religioso en México*, *Este nuevo orbe*, otra compilación de testimonios del exilio, y su último libro, *La historia de Dios en las Indias*. Se dio tiempo de redactar tantos artículos para revistas especializadas que llenan tres páginas a renglón seguido de su *curriculum vitae*. Sus reseñas, sabrosas cápsulas de aguda reflexión sobre la labor ajena, llenan otra página. Tal vez el trabajo que significó mayor esfuerzo, cuidado, inteligencia, bagaje cultural y sensibilidad fue el de traducción. Siete libros, algunos tan complicados como la *Estética* de Hartmann, (que tuvo que hacer dos veces, al desaparecer los cuadernos con la primera traducción), dos artículos y la revisión de cuatro largas traducciones hechas por otras personas, del alemán al español, dan idea de su vocación. Las revisiones no eran más sencillas que las traducciones, ya que se trataba de textos como el de Heidegger sobre *Kant y el problema de la metafísica*. Con este enorme esfuerzo, no haría falta decir una palabra más para aquilatar una vida dedicada a las ideas y al espíritu. Pero hay que mencionar 22 títulos más traducidos del francés o del inglés al español, entre trabajo suyo y colaboraciones. Elsa Cecilia dictó por lo menos un centenar y

cuarto de conferencias, todas cuidadosamente preparadas por escrito; participó en igual número de congresos, encuentros, jornadas, simposios, mesas redondas, presentaciones y otros eventos culturales. Leyó más de medio centenar de tesis en su papel de vocal algunas, como directora, muchas veces. Dejó en proceso de elaboración otra docena, que ahora padecen una orfandad difícil de remediar.

Elsa Cecilia perteneció a muchos cuerpos colegiados académicos en distintas instituciones científicas y culturales universitarias. Fue miembro del jurado de concursos, de consejos de redacción, de comisiones dictaminadoras. Recibió premios como el de Edmundo O'Gorman, el Premio UNAM en Humanidades y otro en Ciencias Sociales, y el culminante de su carrera, el ya mencionado nombramiento a la Academia Mexicana de la Lengua. Este último le emocionó mucho; fue un justo reconocimiento a su trayectoria sobresaliente como usuario consciente y cuidadoso del idioma.

La vida religiosa tuvo un atractivo especial para Elsa Cecilia. Se acercó a los grandes problemas de la teología —su religiosidad iba mucho más allá de las formas y de los ritos. Entendió el sentido simbólico e histórico, el lenguaje oculto, la esencia de un sistema de creencias encaminadas a explicar el porqué de la vida y su significado metafísico. Tuvo especial simpatía por los franciscanos y los dominicos, en cuyos seminarios dio clases de historia. Tal vez nadie poseyó un conocimiento histórico tan profundo de las dos órdenes así como del papel que desempeñaron en la conquista y durante el virreinato. Para lograrlo, se empapó en el estudio de los padres de la iglesia —la patrística fue un

curso que dictó en el doctorado de El Colegio de México, curso que nadie más ha podido imitar. Conoció a fondo los textos clásicos del cristianismo, de la filosofía alemana decimonónica, de la historia del arte, sobre todo el religioso. Durante toda su vida fue fiel a sus tres amores: teología, filosofía e historia, expresadas en letras de molde y por la palabra hablada con precisión, exactitud y elegancia gracias a su manejo impecable del idioma. En Elsa Cecilia se conjugaron sensibilidad, inteligencia, devoción religiosa, amistad, fidelidad y honradez. Vivió los ideales cristianos que fueron la guía de su conducta y de su pensamiento. Hubo una gran coherencia entre lo que profesaba y lo que hacía. Su familia, sus amigos y sus colegas hemos perdido a alguien que fue capaz de conservar y explicar nuestra memoria colectiva. Ella fue elegida por el destino para descifrar para las siguientes generaciones las claves del pasado. Cumplió su cometido, dejó un ejemplo de entrega, y mediante sus escritos, sus clases y sus consejos, ayudó a perpetuar la cultura occidental.

Anne Staples

El Colegio de México